



Italia, una identidad difícil

Alessandro Meliciani*

La identidad colectiva está contaminada por el desencanto o la retórica

El día de Waterloo doscientos mil hombres se enfrentaron en la que habría sido la última batalla de la época napoleónica. El 18 de junio de 1815 fue considerado, para todas las generaciones que vivieron en Europa hasta la Primera Guerra Mundial, como la divisoria de aguas que había marcado un cambio decisivo en la historia del mundo.

Aquella batalla le aseguró a Europa una prolongada paz pero también fue el inicio de una lenta pero constante transformación que, originada en el período napoleónico, habría borrado los imperios y hecho nacer los estados nacionales. También en Italia los viejos secuaces de Napoleón habrían, a través de la Carboneria (un movimiento clandestino que luchaba por la unidad de Italia) construido los cimientos para concebir un nuevo estado; más tarde sucedió lo mismo en Alemania y, luego, en el resto de Europa. Pero el nacimiento de Italia, obra de un pequeño grupo de intelectuales, en la que se comparó la llamada conquista real -entendiéndose por tal el expansionismo piemontés- constituyó, desde el punto de vista cultural, un empobrecimiento con relación a una Italia dividida, que también había sido la Italia de Metastasio y Goldoni, de Tiepolo y, si se quiere, también de Leopardi, que en la Italia Unida advirtió inadaptabilidad y desencanto. En conclusión, el nacimiento de Italia anticipó la crisis que habría en el siglo siguiente, acompañado el nacimiento de los estados nacionales, subrayando la inadaptabilidad de éstos respecto de la idea nacionalista que había caracterizado la existencia de los antiguos imperios, desde el Austrohúngaro hasta el Otomano, para culminar en nuestro siglo en la aventura del nazismo hasta el desmembramiento de los países balcánicos que hoy presentamos. La literatura italiana, desde la Unidad hasta hoy, es el espejo de esta larga crisis, del problema irresuelto de la identidad italiana, de la prevalencia de las divisiones: aquellas que separaron a los laicos de los católicos, a los intervencionistas de los neutralistas, a los fascistas de los antifascistas, a los comunistas de los anticomunistas.

Italia nace como estado después de que, en febrero de 1861, Gaeta, el último bastión borbón, se rinde ante los piemonteses y Francisco II de Borbón de Nápoles se ve obligado a refugiarse en Roma. Todo se desarrolla en una serie de acontecimientos que van desde la primera reunión del nuevo Parlamento italiano, celebrada en Turín el 18 de febrero de 1861, en la que se ratifica la unificación

del país, hasta la proclamación de Vittorio Emanuele II de Savoia como rey de Italia el 17 de marzo, ante el mismo Parlamento. Más tarde, el 6 de julio del mismo año, el Parlamento italiano extiende la vigencia de las normas administrativas piemontesas a todo el territorio nacional, sin tener en cuenta ninguna hipótesis de descentralización. Todo parecía desarrollarse a paso forzado, sobre todo a la luz de las insurrecciones desatadas en muchas regiones del sur, a tal punto que ya en 1863 se aprobó una ley destinada a reprimir el bandolerismo, que permitía a los tribunales militares procesar a los rebeldes, muchos de los cuales eran veteranos de guerra del disuelto ejército borbón.

LA LITERATURA ITALIANA, DESDE LA UNIDAD HASTA HOY, ES EL ESPEJO DE ESTA LARGA CRISIS, DEL PROBLEMA IRRESUELTO DE LA IDENTIDAD ITALIANA, DE LA PREVALENCIA DE LAS DIVISIONES

Podemos decir que sólo en el año 1865 -después de que 120.000 hombres fueran enviados al sur de Italia para restaurar el orden y la legalidad, a costa de una durísima represión- se logró poner freno al bandolerismo como fenómeno de masa, aunque sobrevivió de distintas formas en todo el sur de Italia hasta nuestros días.

Luego del traslado de la capital italiana de Turín a Florencia, en el año 1865, habrá que esperar hasta 1870 para mudarla a Roma, después de haber puesto fin al poder temporal del Papa con el ingreso de las tropas italianas en la ciudad, a través de la Porta Pia el 20 de setiembre de ese año, y con el posterior Plebiscito del 2 de octubre de 1870. Si el nacimiento de un estado nacional es de naturaleza político-ideológica, ya que surge de la elección por parte de quien tiene en su haber la unificación del país, más difícil es formar la identidad colectiva que constituye el rasgo característico del estado nacional. Apparentemente, tener en común el idioma y la religión no bastó para unificar Iglesia y Estado liberal.

Por lo tanto, no es raro que los más grandes escritores italianos, desde Leopardi hasta Verga, incluso Pirandello

misimo, consideren la mal lograda unidad italiana desde una perspectiva de pesimismo desencantado. Por lo demás, Manzoni, en su *Adelchi* (1822), en ocasión de la guerra entre Longobardos y Francos, con referencia a las luchas contemporáneas entre franceses y austríacos, habla de los italianos como "vulgo disperso que no tiene nombre". Es así que la carencia de valores civiles en los italianos se acompaña con una refida división entre laicos y católicos, monárquicos y republicanos, para luego continuar con la histórica división entre fascistas y antifascistas, comunistas y anticomunistas. División ésta que implica atribuir toda la responsabilidad al oponente y negar, de esta manera, una historia que sea igual para todos, con valores, derechos y deberes comunes a todos. Este pesimismo de fondo está ligado a una idea del estado que podríamos calificar de catastrófica, por no utilizar un término más duro. Idea ésta que aparece expresada con claridad en el libro infantil más bello que se escribió en italiano: *Pinocchio*, publicado en varias entregas, a partir del 7 de julio de 1881, en el *Giornale per bambini* y luego en libro, en Florencia, en 1883, con el título de *Le avventure di Pinocchio. Storia di un burattino*.

El autor, Carlo Lorenzini (su seudónimo era Collodi) había sido un fervoroso patriota. En 1859 había participado como voluntario en la guerra que se desató entre el Piemonte y Austria. Sin embargo, cuando a Pinocho lo llevan ante la justicia, después de que el Gato y el Zorro le robaran, le hará decir al juez, "un simio grande de la raza de los gorilas": "A ese pobre diablo le robaron cuatro monedas de oro: agárrenlo y pónganlo preso de inmediato" (cap. XIX). A las paradojas colodinas, contraponen una Italia gris y burguesa Edmondo de Amicis, autor de *Cuore*, publicado en Milán, en 1886, y convertido en el libro infantil más famoso, después de *Pinocchio*, que se haya escrito en Italia. La Italia de *Cuore* es una Italia en la cual la pasión del resurgimiento sobrevino una retórica vacía.

Lo encontramos acabada mente en el fragmento en el que Enrico, el protagonista, corre a observar el paso del rey Umberto y presencia la escena en la que el padre de un compañero suyo de colegio, después de estrechar la mano del rey, se acerca al hijo para decirle: "Ven, hijo, que aún tengo la mano tibia." Y le pasó la mano por el rostro diciendo: "Esta es una caricia del rey."

Hemos recordado a *Pinocchio* y a *Cuore* como libros infantiles, escritos con la intención educativa de fomentar los valores cíviles en los italianos, aquellos valores que

constituyen el tejido conectivo de una nación, que fortalecen a un estado y que hacen que éste sea aceptado por todos. Sin embargo, la identidad colectiva de inmediato se contamina con el desencanto o la retórica.

Las grandes expectativas que alentaba la Unidad de Italia aparecen desdibujadas en la obra de Giovanni Verga, quien había seguido, con activa participación, la expedición de los Mil de Garibaldi en Sicilia y que había ingresado en la Guardia Nacional. En el cuento *Libertà*, extraído de *Novelle rusticane* de 1883, donde se narra una rebelión campesina que acompaña la llegada de Garibaldi a Sicilia, el escritor culmina su relato diciendo: "El carbonero, mientras se daba vuelta para que le pusieran las esposas, balbuceaba: -¿Dónde me llevan? ¿Preso? ¿Pero por qué? ¡Si ni siquiera me tocó un puñado de tierra! ¡Si habían dicho que había libertad!..."

Pertenciente a una generación posterior, Luigi Pirandello, en *I vecchi e i giovani* (1913), revela cómo toda una clase dirigente parece desperdiciar viejos reconocimientos y sacrificios en un desorden moral que culmina con el "escándalo de la Banca d'Italia". Al final de la novela se verá a Mauro Mortara, viejo combatiente renovador, con las últimas ilusiones echas a perder, morir asesinado por un error de los soldados a quienes él mismo, en un arranque de patriotismo malentendido, quiso defender del ataque de los manifestantes durante los motines de los Fascisti siciliani (movimiento de trabajadores difundido en Sicilia a fines del siglo XIX).

No es casualidad que Verga y Pirandello sean ambos sicilianos, al punto tal de subrayar la amargura compartida ante las expectativas que había creado la lograda unidad del país, sobre todo en las regiones donde el ineficaz gobierno borbónico había dejado al país al margen de Europa.

El mismo autor había definido a la obra *I vecchi e i giovani* como "la novela de la Sicilia posterior al 1870, novela sumamente amarga y poblada, que encierra la tragedia de mi generación".

La difícil relación entre Italia y los italianos continúa durante todo el siglo XX, como se evidencia en la obra de Gabriele D'Annunzio, quien en *Il Piacere* (1889) revela la total aridez del protagonista, mientras que Federigo Tazzi, en *Il Podere*, publicada luego de su muerte en 1921,

JUNTOS REFLEJAN LAS CONTRADICCIONES Y DEBILIDADES DE UN PAÍS QUE, VÍCTIMA DE UNA EXPERIENCIA DEMASIADO BREVE COMO ESTADO, NO ALCANZA A FORMAR UNA IDENTIDAD SÓLIDA, A CONSTITUIRSE COMO NACIÓN

destruye todas las ilusiones acerca de la posibilidad de conciliar a los hombres entre sí y acerca de la idea de la integridad de la vida en el campo. Finalmente, en 1923, Italo Svevo publica *La coscienza di Zeno*, obra cuyo protagonista es un hombre común y corriente, que sufre un malestar que parece propagarse por todo el pueblo. No es raro que en el mismo período se haya presenciado la exacerbación de la lucha de clases como consecuencia de la primera modernización, del nacimiento de la industria y de la crisis provocada por la Primera Guerra Mundial, crisis que desembocó en el fascismo, en el fin de la Italia liberal. El superhombre Sperelli, protagonista de *Il Piacere*, Remigio en *Il Podere*, patrón odiado inmerso en la campaña

toscana, Zeno Cosini, industrial heregón carente de todo mérito, con el trasfondo de una Trieste todavía asbúrgica, juntos reflejan las contradicciones y debilidades de un país que, víctima de una experiencia demasiado breve como estado, no alcanza a formar una identidad sólida, a constituirse como nación.

Esta esperanza resurgiría muchos años después en la novela de Beppe Fenoglio, *Il Partigiano Johnny*, publicada en 1968. Mientras que la crisis de la burguesía, rendida ante el fascismo, había sido la protagonista de la novela de Alberto Moravia, *Gli Indifferenti* (1929), Fenoglio propone aquí su redención en una novela sumamente autobiográfica, alérgica a todo tipo de retórica, que finalmente alcanza una conciencia civil y una toma de conciencia acerca de los motivos de la lucha partisa.

Hoy tenemos la sensación de asistir nuevamente, como escribió Giacomo Leopardi en *Bruto Minore de I canti* (1831), a aquel "yace, ruina inmensa, la itálica virtud" en un contexto en el que se están perdiendo los valores nacionales, sin que veamos surgir otros nuevos alternativos y sin que perabamos el carácter esencial de estos valores morales.

*Alessandro Melicani es autor de numerosos programas de televisión que se transmiten por la RAI, sobre la historia y la cultura italiana.

Escribió *L'asalto della TV scolastica in Italia* y *Processi Culturali in Italia*.

Tradujo y comentó *La conquista di Costantinopoli*, de Geoffroi de Villehardouin.



Foto: Scalfidi